

—¿Ni que le hunda mi lanza en el pecho?— prosiguió Longinos con frenesí.

Los soldados se echaron á reir, y acompañando al ciego Longinos al pié de la cruz, guiáronle la mano, y cuando tuvo la lanza sobre el sagrado Corazon, hundióla en él por la Providencia divina, por la voluntad amorosa del que habia muerto para salvarnos.

En aquel Corazon quedaban aun algunas gotas de sangre, que no se habian derramado, y era preciso que se vertieran tambien. La generosidad del Redentor no podia llegar mas allá, y para indicar á los hombres que no habia quedado en su cuerpo divino una sola gota de sangre que por ellos no hubiese vertido, quiso que saliera del divino pecho, con la última gota del líquido vital, una cantidad de agua.

Cuando Longinos apartó la lanza del divino costado, la sangre y agua que de él salia cayó sobre sus ojos enfermos, y al momento de tocar en ellos, devolvióle milagrosamente la vista, y con ella le abrió los ojos del alma, haciéndole conocer su iniquidad.

Los soldados admirados contemplaban el milagro, y Longinos arrepentido pedia perdon á Jesucristo, y postrado delante de la redentora cruz, le reconocia y confesaba por el verdadero Hijo del único Dios.

María entendió el misterio de la lanzada, y sollozando de ternura, corrió á abrazarse á las rígidas piernas del Salvador, exclamando:

—Corazon enamorado de los hombres, que acabas de abrir una puerta en tu pecho, por donde salgan las llamas de tu inmenso amor, y por el cual puedan las almas enamoradas recogerse en tu seno piadoso; yo quiero ser la primera en penetrar dentro de tí, en sumergirme en los abismos de la ternura infinita; en regalarme con la dulzura inagotable de tu amor; recibe bondadoso á la Madre de los pecadores, y con ella á todos sus hijos...

Y luego volviéndose á Juan y á sus fieles compañeras, con una entonacion de indecible ternura exclamó:

—Hijos míos; ved ahí la puerta del amor. El Corazon adorado de Jesús nos espera, pidámosle un asilo, introduzcámonos en él por la herida abierta en el sagrado pecho, y el corazon de Jesús sea nuestra vida, y el amor de Jesús sea la enfermedad que nos conduzca á sus brazos por los siglos de los siglos... Miradle; ha muerto para todos, y á todos queda eternamente abierto: sus delicias son morir en compañía de los hijos de los hombres!...

Y todos se prosternaron en tierra, y adoraron el Corazon del Redentor, al cual el amor acababa de dividir en dos partes. Tan grande, tan profunda era la herida amorosa que los hombres habíamos abierto en él, que para siempre quiso que la tuviésemos manifiesta, para que halláramos en él el enfervorizamiento del alma, la paz del espíritu y la dicha temporal y eterna.

CAPITULO ÚLTIMO.

El Sepulcro.

El Criador habia formado á Eva de una costilla de Adán; habia formado á la madre de los nacidos sacándola del costado del padre universal de los mortales. Jesucristo quiso que saliera su esposa la Iglesia de su costado; quiso que naciera la madre de todos los creyentes del fondo de su corazon traspasado por la lanza de Longinos.

Nacida la Iglesia, alimentábala María con el cariño de una madre incomparable, y la abrigaba contra su pecho,

amparándola en aquel momento solemne, como ampara la madre á su hijo recién nacido.

Y así pasaron largos momentos, durante los cuales la soledad y el dolor de la tierna Virgen hubieran sido de todo punto indescriptibles, si no la hubiese acompañado y consolado la naciente Iglesia, confiada por su Hijo adorado á su cariño y á sus cuidados maternales.

Mientras tanto Nicodemus lloraba en su casa la ingratitud de los judíos, y el crimen horrendo que pesaba sobre aquella nacion, hasta entonces tan favorecida y regada por el Eterno.

—¡Oh!—decia: siquiera Israel pudiera alegar en su descargo la ignorancia, pero este recurso no le queda. Su crimen es tan espantoso y horrendo, que no es posible ponderarlo ni encarecerlo... ¡Ay de Israel! ¡Ay de mi ingrata patria!...

Y entre estos lamentos, y no dudando ya de que Jesucristo habia muerto, pensó en que era llegada la hora de procurar enterrarle, sino como se merecia, al menos como era posible que lo hicieran sus fieles y leales amigos. En ello pensaba el buen sacerdote, meditando la manera de dar decente sepultura al cadáver de Jesucristo, cuando se le presentó el anciano José de Arimatea, á quien el valor no faltaba ya.

—¡Ya lo veis!—díjole el anciano senador.

—Sí, por desgracia de Israel.

—Ojos que habeis visto tanta iniquidad;—esclamó llorando José;—no era preferible que la muerte os hubiera cerrado, confesando sin rebozo al Autor de la vida, y al Redentor del mundo? ¿Por qué la mas incalificable cobardía dominó mi corazon, cuando podia levantar como vos, Nicodemus, la voz para defender al Justo?

—No me habéis mas de esa debilidad, José. ¿Recordáis las palabras de nuestro divino Maestro, cuando os arre-

pentiais de ella en casa de Caifás? ¿Recordáis que os prometió que tendríais valor para darle sepultura, y para rendir á su precioso cadáver los honores que le son debidos?

—Tanto lo recuerdo, que esa idea me ha conducido aquí, pensando que el generoso defensor de Cristo, no tendria inconveniente alguno en ayudarme á darle honrosa sepultura.

—En ello meditaba cuando habeis venido á encontrarme. No sea todo infamia por parte del Sanhedrin: los que hemos defendido con nuestros votos al Señor, justo es que le tributemos los últimos honores. Pero vos, José, ya sabeis que no podemos disponer del sagrado cadáver, sin la vénia competente de Pilatos.

—La conseguiré, aun cuando haya de derramar á sus piés toda mi fortuna.

—Vos sabeis tambien que los malvados que han causado la muerte de nuestro Dios, no permiten que los cadáveres de los sentenciados se entierren en el lugar de las deposiciones comunes.

—Yo, como sabeis, tengo un huerto en la misma montaña del Gólgota, y en él habia hecho abrir tiempo atrás un sepulcro nuevo, para que sirviera de descanso á mis huesos. Pondrémos al Señor en dicho sepulcro, y á fe que habrá ganado infinitamente con ello el sarcófago.

—Entonces manos á la obra, amigo mio. Id al pretorio, y aparejad todo lo necesario para el descendimiento de la cruz, mientras que yo me proporcionaré los aromas y bálsamos indispensables para embalsamarlo.

Los dos discípulos fieles del Salvador se separaron, y con una actividad que estaba á la altura de su celo, el uno se dirigió hácia el palacio de Pilatos, mientras que el otro se encaminaba hácia las tiendas donde sabia debia encontrar suficiente cantidad de aromas para embalsamar á Je-

sús. Esto, sin embargo, y como el sol iba caminando rápidamente al ocaso, para no perder tiempo se citaron en la cumbre del Gólgota.

Sigamos al anciano José: sigamos á aquel viejo senador, á quien hemos visto tan poseido por el miedo, y que ahora tan decidido y resuelto se encuentra, de modo que no vacilaria en afrontar la muerte mas cruel, si esta muerte se le pusiera por pena, para el caso de que llevara á cabo la noble y generosa idea que le animaba.

Llegó al pretorio, y por voluntad expresa de Dios, no encontró dificultades para llegar á la presencia de Pilatos. Este que se hallaba, como hemos visto, agobiado por la enormidad de su crimen, preguntó á José con voz áspera y seca:

—¿Quién eres?

—Un discípulo de Jesucristo:—contestóle el de Arimatea con voz entera.

—¿De ese que acaba de morir en una cruz, víctima de vuestros repugnantes odios y asquerosas venganzas?

Pilatos se olvidaba de que con estas frases dictábase á sí mismo la sentencia.

—Yo no he contribuído á la ignominiosa muerte de Jesucristo; léjos de ser así, hubiera querido evitarla, y la lloro con todas las veras de mi corazón.

—¿Qué quieres, pues, de mí?—preguntó Pilatos dulcificando la voz.

—Señor, que me permitais retirar su cadáver de la cruz, para darle sepultura antes de ponerse el sol.

—¡Pues qué!... ¿Ha muerto ya?—exclamó el pretor lleno de asombro, á causa de las razones que en otra parte hemos expuesto.

—¡Sí!—replicóle tristemente José de Arimatea.

—¡Es imposible! Los crucificados no mueren con tanta rapidez.

—No lo dudeis: Jesús ha muerto, porque el pobre habia sufrido tanto ya antes de ser crucificado, que parece imposible haya naturaleza humana capaz de resistir lo que ha resistido la suya.

La razon de José hizo gran fuerza al pretor, pero no resolviéndose á tomar una decision, sin haber hablado antes con Cornelio, hízole llamar.

Cuando el Centurion se presentó le dijo:

—Este hombre me pide el cadáver de Jesús de Nazareth, y yo que no puedo creer que haya muerto, te he llamado para que me digas si puedo acceder á sus ruegos.

—Sí;—contestóle Cornelio triste y sentenciosamente;—sí; Jesús de Nazareth hace ya algunas horas que ha espirado.

—¡Me admira!—exclamó Pilatos.

—Si mi testimonio no te basta, pretor, llama al decurion que con sus diez soldados ha ido á romper las piernas de los crucificados, y él te dirá que Jesús estaba frio ya cuando han llegado á la cumbre del Gólgota.

Pilatos volvióse entonces á José de Arimatea, y le dijo:

—Te autorizo para que le entierres, segun es tu deseo.

El noble anciano salió del pretorio, y fué á su casa por unas escalas, y por todo lo que necesitaba para amortajar al divino Salvador. Luego con una presteza y una rapidez increíble á sus años, atravesó la ciudad deicida y se dirigió sollozando á la montaña del Calvario.

Algunos de sus compañeros en el Sanhedrin le encontraron, y le preguntaron á donde iba de aquella manera.

—Á dar sepultura al Hijo de Dios, que vosotros habeis hecho morir como un ladron:—contestóles resueltamente José de Arimatea.

—¿Tambien eres tú de los suyos? Es decir, que despues de muerto, ¿aun el Nazareno se ha de interponer delante de nuestro paso?—esclamó uno de los furibundos deicidas.

—Le hallaréis eternamente delante de vosotros y de vuestros hijos, y su sangre divina que salpica vuestra frente, y que salpicará la de toda vuestra descendencia, os perseguirá sin cesar en esta y en la otra vida: repuso el valeroso anciano.

—Allá lo veremos. Por de pronto puedo decirte;—gutturó el enemigo del Salvador,—que no en vano has desafiado nuestro poder. Tú y Nicodemus os acordaréis de los enemigos del Nazareno.

José continuó su camino sin inmutarse. Las amenazas no le habían hecho mella alguna, y lejos de ser así, habíanle animado; habían encendido en su pecho los mas ardientes deseos de morir y padecer, por amor á Aquel que pocas horas antes temia confesar.

Y mientras el anciano discípulo de Jesús dirigíase hácia el Calvario, Pilatos confundido rogaba á Cornelio le hiciera una relacion de lo acontecido durante las tres horas de agonía del Salvador. Cornelio se la hizo fielmente, y con profunda tristeza que acabó de afectar al pretor débil y malvado.

Cuando Cornelio se retiró de la presencia de su amigo, este dejándose caer en un asiento, ocultó su rostro con entrambas manos y exclamó:

—¡Ay de mí!... ¡Los presentimientos de mi esposa me amedrentan! ¿Qué es lo que he hecho?

Y lejos de pedir perdon á Dios, y lejos de arrepentirse y de reconocer á Jesucristo por el Hijo del Eterno, entregóse á una desesperacion constante, que le produjo mas tarde la locura, cuando fue desterrado por Tiberio á las regiones del Ponto Euxino.

Mientras esto acontecia en el palacio del pretor, Nicodemus llegaba al lugar de la crucifixion, con un compuesto de aloes y de mirra para embalsamar con él al divino cadáver. El Evangelista nos dice que habia como cien libras

y algunos han creido que eran el peso de dichos aromas, lo que parece algo excesivo, mientras otros creen que era el valor de los perfumes que llevaba Nicodemus, lo que se hace en nuestro concepto mas verosímil, particularmente si atendemos á que los judíos como los catalanes tenian una moneda llamada *libra*, y la cual servia entre otras cosas de unidad para fijar la dote de las mujeres, como se hace aun en Cataluña.

El fiel discípulo de Jesús y valiente sacerdote, postróse á las plantas de la cruz, besó con amor indecible las heridas que el amor á los hombres habia abierto en aquel cadáver adorado, y despues mirando á María, que pálida y desolada se hallaba allí, apenas pudo dedicarla algunas frases, interrumpidas por los sollozos.

La desolada Virgen alargóle una de sus pálidas y estenuadas manos, y Nicodemus despues de poner en ella un beso filial, notificóla que José de Arimatea habia ido á pedir el cadáver del Salvador á Pilatos, para poder enterrarle antes de la puesta del sol.

—¡Oh almas generosas!—esclamó la bondadosa y afligida Madre;—gracias. Yo no tengo mas que mi cariño para pagar vuestra solicitud, y viviréis siempre en medio de mi corazon, pero Dios el Altísimo sabrá recompensar lo que la pobre y desolada María no puede hacer... Por fin;—esclamó despues de una dolorosa pausa;—por fin, generoso Hijo mio, los brazos de tu Madre volverán á estrecharte contra su corazon, mas ¡ay! que tu corazon traspasado é inmóvil, no sentirá ya, como sentia ayer los latidos de mi pecho!... ¡Oh, vosotros, los que vivís en este destierro amargo por mas penas que hayais presenciado, decid si existe, decid si puede existir dolor y desolacion parecidos á los míos!...

Poco se hizo esperar José de Arimatea, quien llegó á la cumbre del Gólgota llevando por sí mismo la escala y las

sábanas, necesarias para amortajar el despedazado cadáver del divino Redentor.

El venerable anciano temblaba de emoción y de respeto, y sus ojos parecían dos manantiales cuando contempló el cuerpo de Jesucristo, el cual se hallaba tan desgarrado, que apenas tenía forma humana.

—¡Así le han puesto mis pecados!— exclamó cayendo de rodillas al pie de la cruz, y atreviéndose apenas á poner sus labios trémulos en los pies del Salvador:— así le han puesto las iniquidades de mi vida!... Y yo, miserable gusano de la tierra temía confesar por temor de perder la vida, al que la ha dado tan generosamente por mí!... Mas ya, Señor, me arrepiento de mis pecados, ya os pido perdón de mis iniquidades; ya os pido que no mireis mi vida pasada, sino el llanto que se agolpa ahora á mis ojos, y el dolor que destroza mi corazón. ¡Generosidad divina! ¿qué son junto á tí las generosidades de los hombres?

Y besó con respeto indecible otra vez los pies del Redentor, despues de lo cual, recordando que la puesta del sol no estaba lejana, levantóse del pie de la cruz, para hablar con la desolada María, á quien con el acento quebrantado dijo:

—¡Pobre Madre! ¡Pobre Madre! ¿Quién será capaz de comprender el dolor que agobia vuestro pecho? Vuestro Hijo ha muerto; ¿quién podrá sustituir en vuestro corazón el Hijo perdido?

—El amor de los hombres, que también son mis hijos. Este es el testamento de mi divino Jesús; esta la última frase que ha dirigido á la digna esclava del Altísimo:— respondióle la generosa, la incomparable, la tiernísima María.

—¡Testamento y encargo de amor, digno del que por amor descendió del cielo, para subir al patíbulo!...

José de Arimatea hizo una pausa, para considerar toda

la grandeza del amor de aquellos seres tan dignos de ser venerados, y luego dijo:

—Señora y Madre mia, puesto que sois Madre de pecadores, también yo he recibido una comisión de vuestro divino Hijo, y aunque ella sea tan triste, no puedo dejar de cumplirla. Si Dios ha espirado con la muerte que se destinaba antes á los ladrones, deber es de los redimidos darle una sepultura honrosa. Él asistía á las exequias de sus amigos; podía dejar de encontrar un amigo que le rindiera los honores fúnebres?

—José;—díjole la santísima Madre;—llevas á cabo con tu Dios una obra de misericordia, y Él premiará largamente en el cielo tu acto de caridad. ¡Oh! vé, y con ayuda de Juan y de Nicodemos, desciende de la cruz á tu divino Redentor; vé, que aunque muerto, mi corazón delira por abrazarle; vé, porque aun cuando ha espirado, me parece todavía que los clavos desgarran sus adorables manos y sus divinos pies... Id;—continuó dirigiéndose á Juan y á Nicodemos;—id, y poned en mis brazos muerto al que con los míos puse en el pesebre, la noche feliz de su nacimiento. Así adoraremos al divino Redentor, antes de darle el último adiós junto al sepulcro.

José, Juan y Nicodemos se acercaron á la veneranda y ensangrentada cruz, y pusieron la escala apoyada en ella, y empezaron á quitar los clavos, que con tanto dolor se hundieron en sus divinas manos pocas horas antes.

María la Madre desolada, Magdalena la fiel amiga y compañera, y las demás mujeres acercáronse al árbol de la redención, deseosas las unas de ayudar á los discípulos del Salvador, y teniendo la otra los brazos abiertos, para recibir en ellos el cadáver desgarrado de aquel Hijo, que tan blanda y tiernamente apretara contra su pecho en los días de la infancia de Jesús.

Poco despues el cadáver del Salvador era descendido del madero sacrosanto, y descansaba en los brazos de su deso-

lada Madre. La Virgen santísima parecía convertirse toda en lágrimas, y besaba las heridas del Salvador, y le contemplaba sollozando, y le quitaba cuidadosamente la cruel corona de espinas, que tantos tormentos y tantos dolores hiciera padecer al Redentor de los hombres, á aquella cabeza sagrada, que por hallarse dominada por un pensamiento tan grande como Dios, los mortales castigaban rodeándola de agudísimas espinas.

María puso en ella los labios, y algunas lágrimas de sus ojos virginales fueron á regar aquellas espinas, empapadas en la sangre preciosísima del divino Jesús... ¡Oh! ¡Lo que en aquellos momentos solemnes pasaba por su corazón es de todo punto indescriptible! Los mismos ángeles no lo supieron comprender, porque el dolor de la Virgen dolorida, se hallaba á la altura de su divina maternidad.

José, Nicodemos, Juan y las mujeres se hallaban unidos y postrados en tierra, adorando al Salvador, considerando lo que los hombres habían costado al Hijo del Eterno, y contemplando el profundísimo dolor de la más angustiada y triste de las madres; de la más pura, noble y santa de las mujeres.

El silencio era general, porque el cuadro era superior á la vaná fraseología de la palabra. Algunos sollozos venían á interrumpirle, y muchas lágrimas mojaban la tierra empapada en la divina sangre. El sol pronto á desaparecer del horizonte de la Palestina; iluminaba con sus rayos pálidos y tristes, aquel cuadro desgarrador.

¡Ay! Solo Dios sabe cuanto tiempo hubiera permanecido María contemplando á su divino Hijo ya difunto, si José de Arimatea poniéndose en pie no se hubiera resuelto, aunque con profunda pena, á poner término á semejante situación. Así es que con la voz conmovida dijo á la más infortunada de las madres:

— Perdonad, Madre mía, si os recuerdo que debemos

sepultar á vuestro Hijo antes de la puesta del sol; perdonad si viendo cercano el astro del día á su ocaso, os ruego que nos permitais llevar el cadáver de mi Redentor al sepulcro que le tengo destinado. Comprendo que la advertencia es muy triste para vuestro tierno corazón, pero atended que la he dilatado todo lo posible.

—¿Tan pronto me lo quereis arrebatarse?— preguntó la infortunada Madre con un acento tan especial de tristeza y resignación, que al parecer, solo para ella únicamente se había hecho.

Respetando su dolor, los circunstantes callaron. Entonces puso María su mirada en el Occidente, y viendo próxima á extinguirse la luz del sol, continuó, dando un suspiro, que le salía del fondo de las entrañas:

— ¡Es verdad!... Ahí teneis el cadáver de vuestro Redentor: almas compasivas, sepultad á un muerto que vive para coronaros en el cielo!...

Y puso un beso en los cárdenos y secos labios de Jesucristo, y levantándose entregó el adorado cadáver á los amigos del Salvador, que habían acudido allí para darle sepultura.

Poco después el fúnebre cortejo se ponía en marcha, encaminándose hácia un huerto, que en una de las vertientes de la montaña tenía José de Arimatea, en el cual estaba abierto el sepulcro que destinaba al Señor.

Los hombres caminaban delante, llevando en sus brazos con un indecible respeto el cadáver sagrado; las mujeres seguían detrás, acompañando á la angustiada Madre, á la que ahogará el dolor si la resignación y el sacrificio no fueran en ella tan grandes como la tortura que destrozaba su tierno corazón.

La infortunada, sin embargo, hallábase poco menos que desmayada. La divina atracción podía solo hacerla andar,

aunque lo verificaba con paso remiso, y apoyándose en los brazos de la fiel Magdalena.

Cuando el fúnebre cortejo llegó al pié del sepulcro, los últimos rayos del sol iluminaban la tierra, y mientras que los hombres embalsamaban cuidadosamente el cadáver del Redentor, las fieles y desconsoladas mujeres le envolvían los despedazados miembros, con las sábanas dispuestas para amortajar al Autor de la vida.

Por fin la operacion se terminó. El cadáver divino iba á verse sepultado, y cuando María observó el ademan de los fieles discípulos, temblorosa estendió los brazos y exclamó:

—¡Oh! ¡esperad un momento! Dejad á la Madre cuando va á separarse del cadáver adorado, que ponga en sus labios el último beso; dejad al corazón de la que le llevó en sus entrañas, que le contemple un instante mas, antes de darle el postrimer adios...

Todos lloraban, y María depositó un beso ardoroso en los labios de Jesús, y con las manos trémulas tocó su sangrentada frente, y puso sus ojos con suprema angustia en aquel rostro divino, un día tan bello y seductor, y entonces tan demudado.

Después dijo:

—¡Ah! ¡No puedo mas!... Almas compasivas, dad sepultura al Hijo de la Virgen.

Autorizados ya por la Madre afligidísima, descendieron el cadáver divino al sepulcro, mientras que María juntando sus manos, y poniendo en su Hijo una postrera mirada, exclamó:

—¡Ved, Dios mio, si hay dolor igual á mi dolor!...

Luego se reclinó blandamente en los brazos de Magdalena, y Juan, Nicodemus y José de Arimatea cerraban con una gran piedra la entrada del sepulcro, donde se conte-

nia todo cuanto de mas precioso existia en el cielo y en la tierra.

Poco despues un grupo afligido descendia de la montaña del Calvario , y se encaminaba hácia el monte de Sion.

Aquel grupo iba á pedir hospitalidad al generoso Marcos ; aquel grupo lo formaban la Madre del Señor, sus tiernas y solícitas compañeras, y el amoroso y entristecido Juan.

Mientras tanto una fuerza superior obligaba á los restantes diez apóstoles á reunirse en el cenáculo, donde María, la tristísima María se encontraba, encargada por el mismo Jesús de conservar la fe en los pechos de aquellos hombres tan tímidos y pacatos ; de aquellos hombres que algunos dias despues debian afrontar impávidos la muerte, á trueque de defender y propagar las salvadoras doctrinas, que el Hijo de Dios habia sellado con su sangre.

CONCLUSION.

Hemos llegado al final de la presente obra, y despues de haberla terminado nos admiramos de haberlo podido conseguir, porque el asunto es infinitamente superior á nuestras escasas fuerzas.

No sabemos el juicio que merecerá al público, pero podemos decir que hemos hecho todos los esfuerzos posibles, para que sea tan digna del sagrado asunto de que trata, como nuestra pobre inteligencia nos ha permitido.

Dudando siempre de nosotros, y presa muchas veces de un grande desaliento, no sabemos qué hubiera sido del presente libro, si no hubiésemos invocado constantemente la proteccion divina, por intercesion de la Madre de los



— Ved, Dios mio, — dijo la Virgen Madre, — si hay dolor igual á mi dolor

Paquet

pecadores, nuestra Señora y nuestro constante refugio.

Si algo bueno encuentran, pues, en ella nuestros lectores, aquello no es nuestro; lo mucho malo que observen en la presente obra, perdónenlo, en gracia al buen deseo que hános animado al escribirla.

Comprendemos que noten algunos muchos detalles desconocidos de la gran generalidad en nuestra obra, pero estos detalles no porque sean desconocidos dejan de ser históricos; comprendemos que algunos hallen también á faltar el epílogo, en que se refiera el fin que tuvieron los personajes que hemos puesto en escena, pero nosotros nos hemos visto obligados á renunciar á semejante idea, porque hubiera sido para hacerlo preciso llenar otro volúmen. De todos es conocido el fin del pueblo hebreo, y ese fin lo hemos descrito sucintamente en otra parte de la presente obra.

Ya solo nos resta ahora suplicar á Jesús y á María que bendigan nuestro humilde libro, si es que ha de ser útil á su gloria, y al bien de los hombres mis hermanos.

Animado por este deseo lo he escrito, animado por este deseo lo termino.

¡BENDITOS SEAN!

489

ÍNDICE.

LIBRO SEXTO.

EL PODER DE LAS TINIEBLAS.

	Pág.
I.—La noticia esperada.	5
II.—El lobo y el cordero.	16
III.—En casa de Anás.	26
IV.—Claudia Prócula.	36
V.—De lo que hablaron Berenice y Claudia.	50
VI.—Claudia en la cámara de Pilatos.	60
VII.—El sueño de Claudia.	71
VIII.—De Anás á Caifás.	79
IX.—Datos acerca de los juicios y causas criminales entre los hebreos.	85
X.—Prosigue el asunto del capítulo anterior.	98
XI.—Empieza la causa de Jesús.	108
XII.—Los testigos falsos.	125
XIII.—Acusaciones falsas.	143
XIV.—Ultimos acusadores.	164
XV.—En el patio.	190
XVI.—Donde Caifás oye algunas verdades amargas.	224
XVII.—Los testigos de Anás.	231
XVIII.—El interrogatorio de Caifás.	254
XIX.—Defensa.	273
XX.—Nicodemus sigue hablando.	282
XXI.—El discípulo de Jesucristo continúa haciendo la defensa de su divino Maestro.	293
XXII.—Prosigue la defensa del Redentor.	304
XXIII.—Concluye la defensa de Jesús.	314
XXIV.—Donde los enemigos de Jesucristo se ponen de acuerdo.	332
XXV.—Uno que desespera y otro que suplica.	354
XXVI.—El canto del gallo.	370

LIBRO SÉPTIMO.

SIMON PEDRO Y JUDAS ISCARIOTE.

I.—Una conversacion.	383
II.—La Madre de los pecadores.	395
III.—Al rayar el alba.	410
IV.—Pedro y Judas Iscariote.	430
V.—Donde Pedro se empeña en salvar á Judas.	441
VI.—Al borde del abismo.	454
VII.—En manos de los verdugos.	460